

25 DE MARZO: ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

CICLO A

2ª Lectura (Hebr. 10, 4-10)



“Está escrito en el libro: “Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad”

«Hermanos: Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados. Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dijo: Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has prepa-

rado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: “Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad”.

Primero dice: No quieres ni aceptas sacrificios ni ofrendas, holocaustos ni víctimas expiatorias –que se ofrecen según la ley–. Después añade: Aquí estoy yo para hacer tu voluntad. Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.» (Hebr. 10, 4-10).

“Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados”: Los sacrificios de *animales* no servían para borrar los pecados de los *hombres*:

«Era yo, yo mismo el que tenía que limpiar tus rebeldías por amor de mí y no recordar tus pecados.» (Is. 43, 25).

Para lo que sí servían los sacrificios de animales era para recordar la condición pecadora del hombre pecador, como había dicho en el verso anterior de esta Carta a los Hebreos:

«Con ellos (con los sacrificios de animales) se renueva cada año el recuerdo de los pecados.» (Hebr. 10, 3).

«LOS SACRIFICIOS SON ABOLIDOS A TRAVÉS DE SU SACRIFICIO.

Si hubieran llegado a ser perfectos (los sacrificios de la Antigua Alianza), su sacerdocio habría cesado, pues habrían tenido que abstenerse de sus sacrificios. Y si su conciencia hubiese estado libre de pecado, al mismo tiempo se habrían visto limpios de la impureza de la carne. Sin embargo, “en estos sacrificios se hace memoria de los pecados” cada día. “Porque resulta imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos borre el pecado”. Así pues, nuestro Señor, que vino a este mundo, dijo por boca de David: “No quisiste sacrificios ni oblações, pero me has preparado un cuerpo” (Sal. 40 7), a fin de que por su sacrificio, las víctimas de los sacrificios queden derogadas.» (S. EFRÉN DE NISIBI, Comentario a la Carta a los Hebreos; Eph.Arm. 3/4, 218-219).

También servían los sacrificios de los animales de la Antigua Alianza para preparar al hombre para la llegada del Cordero de Dios, que sí quita los pecados del mundo:

«He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.» (Jn. 1, 29).

El Cordero de Dios se inmoló para borrar realmente los pecados de los hombres:

«*“Esto es mi **cuerpo que es entregado por vosotros**; haced esto en recuerdo mío.” De igual modo, después de cenar, (tomó) la copa, diciendo: “Esta copa es la Nueva Alianza en mi **sangre, que es derramada por vosotros.**”*» (Lc. 22, 19-20).

¡Cómo va a quitar pecados un animal irracional, si quien ha pecado es el hombre racional! ¡Acaso la sangre animal es lejía suficientemente poderosa como para borrar el mal moral del hombre!:

«*Porque, **así te blanquees con salitre y te des cantidad de lejía, se te nota la culpa en mi presencia** –oráculo del Señor Yahveh–.*» (Jer. 2, 22).

La purificación interior del hombre pecador no puede hacerse desde el exterior con sacrificios de animales.

“*Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dijo: **Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo**”:* Como no tienen valor alguno las obras del hombre para la remisión de sus propios pecados, así sacrifique todos sus rebaños, Cristo Jesús tuvo que hacerse hombre y ser inmolado para que realmente fuera borrado el pecado de la humanidad.

Todo el intento purificador del hombre con sangre de animales no tuvo eficacia alguna, hasta que por fin intervino en la historia del hombre una mujer con su maternidad divina, la Virgen María, la que preparó al Cordero de Dios que verdaderamente quita el pecado del mundo:

«*Por eso él los abandonará hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz.*» (Miq. 5, 2).

La expresión “*Tú no quieres sacrificios ni ofrendas*” resulta desconcertante, pues Dios había descrito con detalle los sacrificios de la Antigua Alianza:

«Y como sacrificio de reparación por el pecado cometido, llevará a Yahveh una hembra de ganado menor, oveja o cabra, como sacrificio por el pecado. Y el sacerdote hará por él expiación de su pecado.» (Lev. 5, 6).

No se debe tomar al pie de la letra esta expresión, sino que hay que entenderla desde una perspectiva semita. Nosotros entenderíamos mejor la frase “*no quieres*”, si hubiera escrito: “*No te sirven los sacrificios ni ofrendas*”.

“*No aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias*”: El texto está recogido del libro de los Salmos:

«Ni sacrificio ni oblación querías, pero el oído me has abierto; no pedías holocaustos ni víctimas, dije entonces: Heme aquí, que vengo. Se me ha prescrito en el rollo del libro hacer tu voluntad. Oh Dios mío, en tu ley me complazco en el fondo de mi ser.» (Sal. 40, 7-9).

Las víctimas de animales irracionales vienen a ensombrecer la gran oblación del Hijo de Dios, Cristo Jesús. Por eso Dios no acepta sacrificios de animales como remedio al pecado de la humanidad, aunque sí acepta su ejecución como recordatorio del pecado del hombre, y como imagen de una realidad consumada en Cristo Jesús, pero no como “*víctimas expiatorias*”.

“*Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: «Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad»*”: Con esta oración de Jesús en el instante mismo de su encarnación, se instaura el camino de solución del abandono en que vivía la humanidad. Será el cuerpo sacratísimo de Nuestro Señor Jesucristo, preparado para el holocausto, el que se sacrificará en el ara de la cruz, lugar donde se aceptarán en lo sucesivo los sacrificios que ofrezcan los hombres.

Esta disposición victimal de Cristo Jesús para entregarse a la voluntad del Padre, es sobradamente conocida en todo el Nuevo Testamento. La entrega a la voluntad del Padre es el objeto de la venida de

Cristo Jesús a este mundo, porque bajó del cielo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad de aquel que le envió:

*«He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la **voluntad del que me ha enviado.**» (Jn. 6, 38).*

Jesús, en contraposición a Adán y al resto de la humanidad, hace siempre lo que le agrada al Padre:

*«Yo (Jesús) **hago siempre lo que le agrada a él** (al Padre).» (Jn. 8, 29).*

Según es el mandato del Padre para con su Verbo, así es como lo ejecuta Jesús:

*«Ha de saber el mundo que amo al Padre y que **obro según el Padre me ha ordenado.**» (Jn. 14, 31).*

La voluntad del Padre resplandece en Jesús aun en medio de la gran tribulación: agonías y congojas en el momento de la muerte:

*«Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, **hágase tu voluntad.**» (Mt. 26, 42).*

Y el mandato que ha recibido del Padre es el dejar su vida para la salvación de la humanidad:

*«Nadie me la quita (la vida); yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; **esa es la orden que he recibido de mi Padre.**» (Jn. 10, 18).*

Y desde la encarnación hasta la muerte, Jesús consumará la voluntad del Padre:

*«Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: **“Todo está cumplido.”** E inclinando la cabeza entregó el espíritu.» (Jn. 19, 30).*

Cristo Jesús, obediente a la voluntad del Padre, de tal manera amó al mundo que le entregó su vida en holocausto perfecto:

«*Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma.*» (Ef. 5, 2).

Y con la perfecta voluntad de Cristo Jesús, obediente al Padre, ha llevado a la cúspide de la perfección el proyecto creador de Dios, que le rinde ahora un culto de valor infinito, aunque se lo haya querido negar Adán y todos los adamitas juntos.

“*Primero dice: No quieres ni aceptas sacrificios ni ofrendas, holocaustos ni víctimas expiatorias –que se ofrecen según la ley–*”: Este verso octavo, juntamente con el verso siguiente, hacen síntesis del salmo 40, 7-9, que hemos venido explicando.

“*Después añade: Aquí estoy yo para hacer tu voluntad*”: La venida de Jesús a este mundo tiene como finalidad primordial dar gloria a Dios por el camino contrario de Adán: Adán se opone a la voluntad de Dios, Jesús se adhiere a la voluntad del Padre: “*para hacer tu voluntad*”.

“*Niega lo primero*”: Con el sacrificio de Cristo Jesús en la cruz, quedan restauradas todas las cosas y, por lo tanto, quedan *abolidos los sacrificios de la Antigua Alianza*.

“*Para afirmar lo segundo*”: Caducada y desplazada la Antigua Alianza, se abre un *nuevo pacto salvador* eficaz en la muerte de Cristo Jesús, la Nueva Alianza.

«ABOLIÓ EL PRIMER SACRIFICIO.

[Pablo] dijo “*primero*” [refiriéndose] al sacrificio de animales irracionales; en cambio llamó “*segundo*” al sacrificio racional, al ofrecido por uno mismo... De manera clara mostró que la voluntad de Dios es la salvación del hombre. En efecto, esto mismo es lo que dijo el Señor: “*Ésta es la voluntad de mi Padre, que no perezca todo el que cree en mí, sino que tenga vida eterna*” (Jn. 6, 39-40).» (TEODORETO DE CIRO, Interpretación sobre la Carta a los Hebreos, 10; PG 82, 748).

“*Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados*”: En virtud de la voluntad divina quedas salvado y santificado, por pura gracia, no por promoción autónoma, como quería Adán y sus ilusos seguidores:

«Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que **todo el que crea en él no perezca**, sino que tenga vida eterna.» (Jn. 3, 16).

«El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no **nos dará con él graciosamente todas las cosas?**» (Rom. 8, 32).

«Por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, **según el beneplácito de su voluntad.**» (Ef. 1, 4-5).

“**Por la oblación del cuerpo de Jesucristo**”: Todo este proceso purificador y santificador del hombre se dio en el “*cuerpo de Jesucristo*”:

«Cristo os amó y **se entregó por nosotros como oblación** y víctima de suave aroma.» (Ef. 5, 2).

“**Hecha una vez para siempre**”: Es tan sumamente eficaz la oblación del Señor, que no necesita repetirse, como sí se repetía en los sacrificios de animales de la Antigua Alianza:

«Pues no penetró Cristo en un santuario hecho por mano de hombre, en una reproducción del verdadero, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios en favor nuestro, y no para ofrecerse a sí mismo repetidas veces al modo como el Sumo Sacerdote entra cada año en el santuario con sangre ajena. Para ello habría tenido que sufrir muchas veces desde la creación del mundo. Sino que se ha manifestado ahora **una sola vez**, en la plenitud de los tiempos, para la destrucción del pecado mediante su sacrificio.» (Hebr. 9, 24-26).

Y por los siglos de los siglos ya no hay más Alianzas salvíficas. Hemos entrado en el último de los tiempos establecidos por Dios para llevar a plenitud su obra creadora y redentora.

Nada tiene que inventar el hombre, sino acoger la salvación traída por Cristo Jesús y ponerla por obra según su voluntad. Ha quedado establecido el “*nuevo orden mundial*” para siempre. Toda pretensión de establecer un “*nuevo orden mundial*” no viene de Dios, viene del demonio.

3ª Lectura (Lc. 1, 26-38)



“Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo”

«A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María.

El ángel, entrando a su presencia, dijo: –Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres.

Ella se turbó ante estas palabras, y se preguntaba qué saludo era aquel.

El ángel le dijo: –No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Y María dijo al ángel: –¿Cómo será eso, pues no conozco varón?

El ángel le contestó: –El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso ~~el santo que va a nacer~~ (el que nacerá santamente) se llamará Hijo de Dios.

Ahí tienes a tu pariente Isabel que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.

María contestó: Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.» (Lc. 1, 26-38).

“A los seis meses”: Tiempo que transcurre desde la concepción de Sta. Isabel hasta la concepción de la SS. Virgen María, su prima. La génesis del Precursor del Señor tiene esta antelación de medio año en relación con Jesús, que acaba de encarnarse en las entrañas de María SS.

Pareciera tener una connotación de cierta prisa de Dios por tomar carne en las entrañas de la SS. Virgen María para comenzar la restauración de la humanidad caída en la más espantosa miseria moral. Si ya pasaron “seis meses” desde la concepción del Precursor, no esperemos más y hagamos la redención: ¡gracias, Señor!

“El ángel Gabriel fue enviado por Dios”: Como paraninfo más destacado del cielo para la obra más gigantesca que haya existido desde que Dios es Dios, el anuncio de la encarnación del Verbo eterno de Dios en las purísimas entrañas de la SS. Virgen María.

«GABRIEL, LA FORTALEZA DE DIOS.

Gabriel significa “fuerza de Dios”. Con razón resplandece llevando ese nombre quien da testimonio de que Dios va a nacer en la carne. Sobre ello dijo el profeta en el salmo: “El Señor, fuerte y valeroso, el Señor valeroso en la guerra” (Sal. 24, 8). En esa guerra, ciertamente, en la que [Cristo] vino a someter “los poderes del aire” (Ef. 2. 2) y a librar al mundo de su tiranía.» (S. BEDA, Homilías sobre los Evangelios, 1, 3; CCL 122, 15).

“*A una ciudad de Galilea*”: Región mal considerada en los ambientes judíos religiosos oficiales:

«Otros decían: “Este es el Cristo.” Pero otros replicaban: “¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo?” (Jn. 7, 41).

«Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta.» (Jn. 7, 52).

Reconocida en el Antiguo Testamento como Galilea de gentiles:

«Se han unido los de Tolemaida, Tiro, Sidón y toda la Galilea de los Gentiles para acabar con nosotros.» (1 Mac. 5, 15).

“*Llamada Nazaret*”: Parece que el nombre proviene de “*nasar*”, que significa guardar. En este caso se estaría aludiendo a la condición de guardiana (custodia, vigilante, centinela).

No es mencionada esta ciudad en todo el Antiguo Testamento, tampoco en Flavio Josefo. Se trata de una aldea oscura, primitiva, retrasada para aquella época. Una vez más se destaca la predilección de Dios por los humildes:

«¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios. De él os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención, a fin de que, como dice la Escritura: El que se gloríe, gloriése en el Señor.» (1 Cor. 1, 26-31).

La consideración de Nazaret en el Nuevo Testamento es como la que se tiene de toda la Galilea:

«Felipe se encuentra con Natanael y le dice: “Ese del que escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús el

hijo de José, el de Nazaret.” Le respondió Natanael: “¿De Nazaret puede haber cosa buena?” Le dice Felipe: “Ven y lo verás.”» (Jn. 1, 45-46).

Incluso se daba el nombre de nazarenos a los cristianos en sentido despectivo.

“A una virgen (παρθένον)”: En la Escritura expresa la idea de inocencia, frescor, juventud, integridad, estado angelical. El término virgen se opone al de “mujer”:

«La joven (Rebeca, esposa de Isaac) era de muy buen ver, virgen, que no había conocido varón. Bajó a la fuente, llenó su cántaro y subió.» (Gén. 24, 16).

En cambio, el término “mujer” se reserva para la que no es virgen. Por tanto, el término “virgen” (“παρθένον”) expresa la juventud y virginidad de la SS. Virgen María. Ella no había tenido comercio carnal con S. José ni con nadie, como pretenden forzar las sectas y los hombres malvados que han perdido la dignidad humana: ¡Dios los perdone!

“Desposada (ἐμνηστευμένην)”: Se entiende tanto de la mujer “comprometida” como de la “desposada”. Por este término no sabríamos si la SS. Virgen María estaba ya “casada” con S. José en el momento de la Anunciación. Parece que por el texto de S. Mateo la Virgen estaba sólo “comprometida” con S. José, y posteriormente celebraron los desposorios:

«María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo.» (Mt. 1, 18).

Pero, por otra parte, S. Mateo titula a S. José “esposo” (ἀνὴρ) de la Virgen María, y a la Virgen María como “mujer” (γυναικῶς) de S. José:

«Su marido (ὁ ἀνὴρ) José, como era justo y no quería ponerla en evidencia (revelar su secreto), resolvió repudiarla (separarse de ella) en secreto. Así lo tenía planeado, cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer (τὴν γυναικῶς) porque lo engendrado en ella (“ciertamente, τὸ γὰρ”) es del Espíritu Santo.» (Mt. 1, 19-20).

Por estos textos nos quedamos, por lo tanto, con la duda de si José y María ya estaban *desposados*, o sólo *comprometidos*.

S. José se siente separado de su *esposa*, ante la presencia de la Encarnación del Verbo, y decide separarse en secreto. La decisión parece que hace alusión a la vida de *desposados*, no sólo de *comprometidos*. De todos modos, la fuerte tradición en querer ver la Anunciación entre el *compromiso* y el *desposorio* de S. José y la SS. Virgen María, tiene tan gran peso que no ofrece seguridad una visión diferente. Sin embargo, se presenta alguna objeción seria: como el uso del matrimonio antes del desposorio, aunque era lícito después del compromiso matrimonial, estaba mal visto en el pueblo judío, ¿iba Dios a someter a la SS. Virgen a esta humillación al haber quedado embarazada antes del desposorio? ¿No parece más lógico, normal y moral ante el pueblo judío que la Encarnación del Verbo tuviera lugar después del desposorio, es decir, que Jesús fuera encarnado dentro del matrimonio? ¿No es más comprensible la visita de la Virgen María a su prima Sta. Isabel, durante tres meses, si ya estaba desposada con S. José? ¿No se explica mejor así el que nadie se extrañe del embarazo de la SS. Virgen al regreso de la visita a su prima Sta. Isabel?: ¿No se hubiera prestado a sospecha el que la Virgen María hubiera quedado embarazada en el viaje de visita a su prima Sta. Isabel?

Generalmente el compromiso matrimonial en el pueblo judío tenía lugar entre los 12 y los 13 años, y un año después se procedía al desposorio. Por tanto, la SS. Virgen tendría como unos 14 años cuando recibió el Anuncio del Ángel. Para entonces ya estaba desposada, según ley general judía.

Siendo la Madre de Dios virgen, sin embargo, no se desentiende de las realidades creadas por Dios. Es virgen, sí; más aún, es la Virgen, pero está comprometida ("*desposada*") con las realidades terrenas. Es por tanto imagen de la Iglesia, la cual es virgen inmaculada:

«MARÍA PREFIGURA LA IGLESIA.

Con razón se dice que estaba desposada y que era virgen, pues era figura de la Iglesia, que es inmaculada (cf. Ef. 5, 27), pero desposada. Nos concibió la Virgen espiritualmente, y nos ha dado a luz la Virgen sin gemido. Tal vez también Santa María ha sido desposada con uno y fecun-

dada por otro, porque las iglesias particulares, fecundadas por el Espíritu y la gracia, están unidas visiblemente a un pontífice mortal.» (S. AMBROSIO, Exposición sobre el Evangelio de Lucas, 2, 6-7; CCL 14, 33).

“Con un hombre”: La indeterminación de la identidad de este varón, hasta ahora desconocido, pone de manifiesto la predilección de Dios por los humildes, los que no cuentan, los que nada son para el mundo.

“Llamado José”: Cuyo nombre ofrece dos significados en el Antiguo Testamento: “quitar” y “Dios añade”:

«Y ella (Raquel, esposa de Jacob) concibió y dio a luz un hijo. Y dijo: “Ha quitado Dios mi afrenta.” Y le llamó José, como diciendo: “Añádame Yahveh otro hijo.”» (Gén. 30, 23-24).

“De la estirpe (casa) de David”: El pueblo judío se dividía en tribus, las tribus en familias, y las familias en casas. Más adelante dirá el mismo S. Lucas que S. José es de la “familia y casa de David”:

«Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David.» (Lc. 2, 4).

Pero no es claro si se refiere el texto (“de la casa de David”) a S. José o a la SS. Virgen. Parece referirse a la SS. Virgen María, por ser ella el personaje central del relato de la Anunciación, pero también el nombre anterior al inciso es S. José. En fin, hay voces en ambos sentidos. De cualquier manera, ambos eran de la casa de David; y si S. Lucas se refiere a S. José, S. Pablo se refiere a la SS. Virgen María:

«Nacido del linaje de David según la carne.» (Rom. 1, 3).

“La virgen se llamaba María”: Se reitera la condición virginal (“παρθένου”) de la Madre de Dios.

El nombre de “María” era frecuente en la nobleza de la época, y vendría a significar “Señora”, “Princesa”. Se han dado hasta cerca de un centenar de significados al nombre de “María”, todos ellos complementarios de la gran realidad que supone la Madre de Dios. Habría que destacar algunos de estos significados:

- Amada de Dios.
- Estrella del Mar.
- Exaltada (encumbrada, erigida).
- Iluminada.
- Mar Amargo.
- Princesa.
- Señora.

“El Ángel, entrando a su presencia, dijo”: La connotación de gran respeto del Ángel por la que va a ser Madre de Dios, que se halla en la presencia de Dios en este momento, se transparenta aquí: “*entrando a su presencia*”, en su retiro, intimidad divina.

“Alégrate (Χαίρε)”: Invitación del Ángel a la alegría de la Virgen María por la salvación que Dios va a otorgarle. Chaire, en la versión bíblica de los Setenta, se presenta siempre como una invitación a Sion a la alegría desde una perspectiva de futuro:

«*No temas, suelo, jubila y regocíjate, porque Yahveh hace grandezas. No temáis, bestias del campo, porque ya reverdecen los pastizales del desierto, los árboles producen su fruto, la higuera y la vid dan su riqueza. ¡Hijos de Sion, jubilad, alegraos en Yahveh vuestro Dios! Porque él os da la lluvia de otoño, con justa medida, y hace caer para vosotros aguacero de otoño y primavera como antaño.*» (Joel, 2, 21-23).

Así como en el profeta Joel las expresiones “*no temas... jubila y regocíjate*” están íntimamente conectadas, así ahora la expresión “*no temas, María*”, que dirá a continuación el Ángel, está en íntima conexión con “*alégrate*”. No cabe duda de que la intencionalidad del Arcángel S. Gabriel en la Anunciación es la de iluminar en la SS. Virgen María la evocación que tiene el término “*alégrate*” con la profecía bíblica. Con esto ya sabe la Virgen que se trata del anuncio del Mesías.

«*¡Regocíjate, exulta, hija de Edom, que habitas en el país de Us!*» (Lam. 4, 21).

«*¡Lanza gritos de gozo, hija de Sion, lanza clamores, Israel, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén!*» (Sof. 3, 14).

«*¡Exulta sin freno, hija de Sion, grita de alegría, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna.*» (Zac. 9, 9).

«DIOS SE ENCARNA EN MARÍA PARA LLEVAR A LA HUMANIDAD A LA GLORIA.

Quiriendo revelarte, oh Sierva, la voluntad anterior a todos los siglos, llegó Gabriel y puesto de pie ante ti, te saluda diciendo: “¡Alégrate, tierra no sembrada! ¡Alégrate, arbusto ardiente que no se consume! ¡Alégrate, profundidad inescrutable! ¡Alégrate, puente que conduce al cielo! ¡Alégrate, escala que Jacob vio colocada en alto! ¡Alégrate, frasco divino de maná! ¡Alégrate, liberación de condena! ¡Alégrate, restablecimiento de Adán, pues el Señor está contigo!”.

“Tú te apareces ante mí como un hombre –dice la Sierva inmaculada al jefe de los ejércitos celestiales–. ¿Cómo me diriges palabras sobrehumanas? Has dicho que Dios estará conmigo y hará su morada en mi vientre. ¿Cómo podré ser la morada espaciosa y el lugar santo de Dios que cabalga sobre querubines (cf. Sal. 18, 10)? No me seduzcas con engaño; yo no he conocido placer, no he contraído matrimonio, ¿cómo voy a tener un niño?”

“Dios quiere superar el orden de la naturaleza –contestó el [ángel] que no tiene cuerpo– y realizará lo que está por encima de los hombres. Confía en mis palabras, que son verdaderas, oh santísima e inmaculada”. Y ella imploró: “Hágase ahora en mí según tu palabra, y engendraré al que no tiene carne y le prestaré mi propia carne, para que con esta unión lleve a los hombres hasta su antigua gloria, pues sólo Él puede hacerlo así.”» (ANÓNIMO, Poema sobre la Anunciación; FM 3, 155-156).

“**Llena de gracia (Κεχαριτωμένη)**”: Es la palabra clave del saludo, define la identidad de la Madre de Dios, a la cual le cambia el nombre: no dice “*María*”, sino “*Llena de Gracia*”.

Es la perfecta santidad de María SS. “*Kejaritome*” es una forma del verbo **jaritoô** (χαριτόω). Los verbos terminados en «οω» son **causativos**. Indican una acción que produce algún efecto en el objeto. Así, por ejemplo, **lenkoô**, blanquear; **deuloô**, esclavizar; **eleutheroô**, liberar.

Estos verbos *significan un cierto cambio en la persona*. “*Χαριτόω*” expresa la idea de un cambio operado por la gracia.

Además, la forma verbal que S. Lucas emplea es un pasivo, el participio perfecto; “*kejaritômenê*” significa, pues, que en la persona a la que se refiere el verbo jaritoô, María SS., la acción de *la gracia de Dios ha operado ya un cambio en ella*.

En Ef. 1, 6 encuentras esta expresión: “*nos agració (χάριτος) en el amado*”, los cristianos han sido “**transformados por la gracia**” en el sentido de que:

«Según las riquezas de su gracia, alcanzan la **redención** por su sangre, la **remisión de los pecados**.» (Ef. 1, 7).

La gracia, en efecto, borra el pecado. Esto resulta esclarecedor en el caso de los hombres. Pero la Virgen María ha sido “*transformada por la gracia*” (santificada), en previsión de la misión de Madre de Dios, antes de la redención. La transformación de María SS. se hizo en el primer instante de su concepción (es la Inmaculada Concepción) y, por lo tanto, “*preservada del pecado*”.

De esta expresión: “*Llena de gracia (κεχαριτωμένη)*”, se deducen muchos dogmas marianos. Pero, a decir verdad, en la SS. Virgen María no hay transformación, pues supondría un estadio previo caído en pecado, sino que toda ella, desde el primer instante, fue hecha Inmaculada.

María quedó preparada para un maridaje con la divinidad:

«*Transcendental es también el negocio de que se trata, y dignísimo de tal embajada. El Hijo unigénito de Dios eligió para sí una esposa rústica; el Príncipe de la gloria celestial se enamoró de ella; se envía un paraninfa a la Virgen, para que preste su consentimiento al matrimonio; pues los príncipes acostumbraron a desposarse por medio de embajadores. Y así, desciende de la opulenta ciudad de Jerusalén a este nuestro villorrio con semejantes nuevas: éste es el asunto de que se trata, para esto se envía el ángel a la Virgen. ¡Oh patria feliz, oh prosapia enriquecida con tan excelso matrimonio! ¡Oh día de fiesta para el mundo, digno de ser celebrado con perpetuo culto y cabal veneración! Nuestra hermana, hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne (Gén. 2, 23), se ha desposado con el Príncipe de los cielos, subió a la cumbre de la gloria real, ¿quién no se regocija, quién no se desvanece todo de gozo? Alégrense esta nuestra aldea, ensalzada hoy con tal dignidad: alégrense nuestra tierra, sublimada con tal matrimonio: “Alégrense los cielos y salte de gozo*»

la tierra; conmuévase el mar y cuanto en sí contiene (Salm. 95, 11) a la vista de tan gran Señor; porque ha descendido el rico a los pobres, el poderoso a los de bajo linaje, el sublime a los miserables, para ennoblecer nuestro linaje, para honrar nuestra familia.» (STO. TOMÁS DE VILLANUEVA. Obras de Santo Tomás de Villanueva. Sermones de la Virgen y Obras Castellanas [Madrid, BAC, 1952] Pág. 247).

“*El Señor es contigo (ὁ Κύριος μετὰ σοῦ)*”: Esta fórmula, que se halla con frecuencia en el Antiguo Testamento, no se utiliza prácticamente más que cuando *se trata de un mandato difícil de cumplir*, que supera las fuerzas naturales del hombre:

«Dijo Moisés a Dios: “¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?” Respondió: “**Yo estaré contigo** y esta será para ti la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte.”» (Éx. 3, 11-12).

«¿No te he mandado (Josué) que seas valiente y firme? No tengas miedo ni te acobardes, porque Yahveh tu **Dios estará contigo** dondequiera que vayas.» (Jos. 1, 9).

«Cuando el Ángel de Yahveh se le apareció (a Gedeón) y le dijo: “**Yahveh contigo**, valiente guerrero.”» (Juec. 6, 12).

Ahora bien, no es difícil para una mujer dar a luz. Este es un acontecimiento diario. Pero lo que no puede hacer una mujer es *dar a luz un hijo sin la intervención del varón*, es decir, *dar a luz virginalmente*. Para que pueda dar a luz virginalmente es absolutamente indispensable que “*el Señor sea con Ella*”.

Y el Señor está ya al presente con Virgen María, no es que va a estarlo más tarde, sino que ya lo está al presente. Entonces, ¿desde cuándo está Dios con María? –Desde siempre. Aquí tienes una puntada esclarecedora del dogma de la Inmaculada Concepción. Y si el Señor está con María, no está de modo latente, atenuado, sino operante al modo divino de la presencia. Luego, ¡qué obra no habrá hecho Dios en su Madre!: ¡aquí enmudezca toda lengua! (cf. Rom. 3, 19).

“*El Señor está contigo*”: Prepara el anuncio de “*El Espíritu Santo vendrá sobre ti*”.

“Bendita tú entre las mujeres”: Esta frase falta en algunos manuscritos. Se encuentra en el Diatésaron de Taciano, la admite Bover; otros, como Lagrange o Merk, dudan de su existencia aquí; hay quienes la rechazan abiertamente. En realidad, no se puede rechazar ni afirmar con certeza la autenticidad de esta frase en este lugar.

Para nosotros nos es suficiente con que esta frase haya sido pronunciada por Sta. Isabel cuando recibe la visita de la SS. Virgen (cf. *Lc. 1, 42*).

Si la Virgen María es bendita por encima de todas las mujeres, lo es también por encima de Eva. Ahora bien, si Eva fue creada en inocencia y adornada de los dones preternaturales, fundamentalmente el de la inmortalidad, resulta que la SS. Virgen María debe tener actualizada la inmortalidad, es decir, que fue asunta en cuerpo y alma a los cielos. Y como *“está llena de gracia”* no podía carecer de la gracia de la Asunción a los cielos. Y como esta conclusión, la reflexión teológica ha ido sacando otros atributos marianos.

“Ella se turbó ante estas palabras”: La turbación de la SS. Virgen María viene determinada por el contenido de *“estas palabras”* del Ángel, no por su presencia varonil. Lo sagrado sobrecoge de por sí, pero, además, el contenido del saludo del Ángel la lleva a la SS. Virgen a la comprensión de la realidad mesiánica anunciada dejándola sobrecogida.

“Y se preguntaba qué saludo era aquél”: Se destaca aquí como virtud de la SS. Virgen su sensibilidad femenina, pero serena, prudente y reflexiva. Es la antítesis de la osadía de Eva conversando con el ángel caído. Si Eva asume de inmediato el anuncio de Satanás y concibe en su corazón una pseudo-entidad divina: ser como Dios, sin embargo, María reflexiona con prudencia ante el anuncio del Arcángel S. Gabriel.

“El Ángel le dijo”: Ante la comedida circunspección de la SS. Virgen, el Ángel prosigue en su diálogo fortaleciendo el ánimo de la futura Madre de Dios:

“No temas, María”: ¿A qué vienen estas palabras del Ángel? – Aquí resuena el mismo *“noli timere”* (“no temas”) que dirá más tarde el Ángel a S. José:

«José, hijo de David, **no temas** tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo.» (Mt. 1, 20).

Esta exhortación tiene en la Biblia una profunda significación. Se trata del “santo temor” que el hombre experimenta ante una revelación de la presencia de Dios, una visión o una intervención divina:

«Y a la cuarta vigilia de la noche vino él hacia ellos, caminando sobre el mar. Los discípulos, viéndole caminar sobre el mar, se turbaron y decían: “Es un fantasma”, y de miedo se pusieron a gritar. Pero al instante les habló Jesús diciendo: “¡Animo!, que soy yo; **no temáis.**”» (Mt. 14, 25-27).

«Mas Jesús, acercándose a ellos (a Pedro, Santiago y Juan en la Transfiguración), los tocó y dijo: “Levantaos, **no tengáis miedo.**”» (Mt. 17, 7).

«Cuando lo vi (el evangelista S. Juan), caí a sus pies como muerto. Él puso su mano derecha sobre mí diciendo: “**No temas**, soy yo, el Primero y el Último.”» (Ap. 1, 17; cf. Mc. 9, 32).

Es este temor ante la presencia y la acción de Dios en la Virgen María lo que lleva al Ángel a tranquilizarla: “No temas”.

“**Porque has encontrado gracia ante Dios**”: Como ya supone la SS. Virgen lo que va a explicitar el Ángel, y como, además, ya la ha fortalecido en Ángel con el “no temas”, la prepara ahora el Ángel para, después del saludo, anunciarle la encarnación del Hijo de Dios.

La maternidad divina de María está motivada por las palabras del Ángel: “*porque has encontrado gracia ante Dios*”:

“**Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús**”: Hay textos similares en el Antiguo Testamento:

«Y díjole el Ángel de Yahveh (a Agar, esclava egipcia de la mujer de Abram, que se llamaba Saray): Mira que **has concebido, y darás a luz un hijo, al que llamarás Ismael, porque Yahveh ha oído tu aflicción.**» (Gén. 16, 11).

«*El ángel de Yahveh se apareció a esta mujer y le dijo: “Bien sabes que eres estéril y que no has tenido hijos, pero **concebirás y darás a luz un hijo.**»* (Juec. 13, 3-4).

«*He aquí que **una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel.**»* (Is. 7, 14; cf. Mt. 1, 23).

“**Concebirás en tu vientre**”: El Ángel no le *propone* a la SS. Virgen la Encarnación del Verbo, sino que se la *impone*, se trata de una orden divina que debe aceptar, pero de todos modos Dios respeta y espera la aceptación.

El verbo está en futuro, es decir, todavía no has concebido, pero concebirás; sin embargo, cuando habla de la gracia en la Madre de Dios, lo hace en presente, aunque evocando su inicio en los orígenes de su Concepción Inmaculada.

Aparentemente no se desprende de aquí la virginidad de María, pues no le dice todavía cómo será la concepción, aunque tanto el Ángel como María dan por supuesto el hecho de la virginidad perpetua, como se colige en el discurso posterior entre ambos, y como así lo confirma la pregunta de María al Ángel: “¿cómo será eso, pues (como tú sabes) *no conozco varón?*”

Sin embargo, este anuncio de la concepción, con los anuncios posteriores del parto y la puesta del nombre, sí expresan la virginidad, pues evocan al profeta Isaías, 7, 14, donde se habla de la virgen que concebirá, dará a luz, pondrá nombre y, por tanto, permanecerá virgen.

“**Y darás a luz un hijo**”: El parto se sitúa en el mismo plano de la concepción: “*concebirás*”, “*darás a luz*”. Mantienen los verbos el mismo tiempo futuro, pero como una sola realidad inviolable.

“**Y le pondrás por nombre Jesús**”: Que significa Salvador.

Las presentes proposiciones, con las dos anteriores de este mismo verso, son un calco de la profecía de Isaías, 7, 14. Anuncian la virginidad perpetua de la Madre de Dios.

“**Será grande**”: Sólo Dios es grande, pero aquí se indica una grandeza sin limitación de poder.

“Se llamará Hijo del Altísimo”: Como en la tradición semita el “nombre” equivale al “ser”, entonces Jesús es Hijo de Dios.

“El Señor Dios le dará el trono de David su padre”: Este trono, cuyo monarca proviene de la familia de David, es un trono eterno, como estaba profetizado:

«Y cuando tus días (los de David) se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y **consolidaré el trono de su realeza.**» (2 Sam. 7, 12).

«Mira que te va a nacer un hijo, que será hombre de paz; le concederé paz con todos sus enemigos en derredor, porque Salomón será su nombre y en sus días concederé paz y tranquilidad a Israel. Él edificará una Casa a mi nombre; él será para mí un hijo y yo seré para él un padre y **consolidaré el trono de su reino sobre Israel para siempre.**» (1 Crón. 22, 9-10).

«Una vez he jurado por mi santidad: ¡a David no he de mentir! “Su estirpe durará por siempre, y **su trono como el sol ante mí, por siempre se mantendrá como la luna, testigo fiel en el cielo.**”» (Sal. 89, 36-38).

«Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre “Maravilla de Consejero”, “Dios Fuerte”, “Siempre Padre”, “Príncipe de Paz”. **Grande es su señorío y la paz no tendrá fin sobre el trono de David y sobre su reino, para restaurarlo y consolidarlo por la equidad y la justicia.**» (Is. 9, 5-6).

“Reinará sobre la casa de Jacob para siempre”: Se trata del pueblo de Dios, que en aquel tiempo era Israel, pero ahora es la Iglesia fundada por Cristo Jesús. Por tanto, la Iglesia será regida por Dios durante toda la eternidad.

“Y su reino no tendrá fin”: Nadie podrá arrebatar el Reino de los cielos a Cristo Jesús:

«Entonces **reinará Yahveh sobre ellos en el monte Sion, desde ahora y por siempre.**» (Miq. 4, 7).

«A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás.» (Dan. 7, 14).

Pero, aunque el Reino de Dios nadie podrá arrebatárselo, no cesarán los intentos malvados por desplazarlo, como pretendió Adán y Eva:

«Seréis como dioses.» (Gén. 3, 5).

“Y María dijo al Ángel”: Es la primera vez que habla la SS. Virgen en el Evangelio. Y su conversación está en los cielos.

“¿Cómo será eso, pues no conozco varón?”: Siempre se vio aquí una rara y elevada prudencia de la Virgen María. Ella cree al Ángel, asume su cometido de Madre de Dios, pero, como ignora el modo en que va a ser madre, le pregunta al Ángel “cómo será eso”. No pregunta “qué es lo que debe hacer”, pues la obra es inalcanzable para el hombre, sino que pregunta “cómo obrará Dios ese prodigio de su maternidad divina”.

Hasta aquí está descartada en todo el discurso, de modo implícito, la intervención del varón en la concepción divina, y desde aquí está descartada, de modo explícito, la intervención del varón por labios de la SS. Virgen: “pues no conozco varón”.

La pregunta de la Virgen María, que se supone estaba ya desposada con S. José, carecería de sentido si no tuviese la intención de permanecer perpetuamente virgen. Y que el deseo de la Virgen es aceptado por Dios, queda también expresado en el diálogo con el Ángel al afirmar que “*ha convenido con Dios en no conocer varón*”.

La expresión de la Virgen María de “no conozco”, en tiempo de presente, es intencional: indica que, así como en el pasado fue virgen, así también en el futuro permanecerá siempre virgen.

Por otra parte, y de rebote, queda también aquí expresada la voluntad de S. José de permanecer virgen de por vida. Se trata, por tanto, de un matrimonio virginal. Indudablemente asistimos aquí a la expectación de un misterio del que no es poco lo que se nos ha legado, pero es muchísimo más lo que nos queda oculto.

No se piense que era novedoso el ideal de la virginidad en tiempos de la Sagrada Familia, no; pero tampoco estaba generalizado. Los esenios vivían en virginidad. Había conventos de mujeres que vivían también en virginidad. Pero prevalecía el ideal de la vida marital.

Habría que destacar aquí la consagración de la SS. Virgen a Dios en perpetua virginidad. En cuanto que esta consagración haya sido con voto o sin voto, es algo que no se puede ni afirmar ni negar de este texto. Lo que no es lícito negar es el deseo de virginidad de María SS. con anterioridad al anuncio del Ángel.

“El Ángel le contestó”: Antes el Ángel había tomado la iniciativa de hablarle a la SS. Virgen María para fortalecer su ánimo, impresionado por el mensaje sagrado, pero ahora el Ángel toma la palabra para responder a la pregunta que le hace la futura Madre de Dios.

“El Espíritu Santo vendrá sobre tí”: Indica el Ángel a la Virgen María la intervención divina del Espíritu Santo en su concepción.

“Y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra”: La expresión no significa en modo alguno que el Espíritu Santo cumplirá en María la función marital y biológica del varón. De parte del Espíritu Santo no se trata de generación, sino de creación.

El sentido que tiene esta expresión de *“la fuerza del Altísimo”* designa a Dios, sin distinción de personas, en su acepción de omnipotente. Se trata de la acción de Dios en María como acto creador, y significa una renovación del comienzo primordial de toda la historia humana.

Es un nuevo comienzo de la creación, un volver a los tiempos anteriores a la caída en el pecado. Así como el Espíritu Santo, en la creación, “se cernía sobre la superficie de las aguas” (Gén. 1, 2; cf. Sal. 104, 30; Núm. 11, 25), así también ahora el Espíritu Santo desciende sobre María al principio de los tiempos de la nueva creación.

“Te cubrirá con su sombra”: Evoca la nube luminosa, señal de la presencia de Yahveh, que estaba en el antiguo tabernáculo y ahora pasa al nuevo tabernáculo, la SS. Virgen María:

«No se apartó del pueblo ni la **columna de nube** por el día, ni la **columna de fuego** por la noche.» (Éx. 13, 22; cf. 19, 16).

«La gloria de Yahveh descansó sobre el monte Sinaí y **la nube lo cubrió por seis días. Al séptimo día, llamó Yahveh a Moisés de en medio de la nube.**» (Éx. 24, 16).

Evoca también las alas del pájaro, que simbolizan el poder protector:

«Escóndeme a la **sombra de tus alas.**» (Sal. 17, 8).

«A la **sombra de tus alas me cobijo hasta que pase el infortunio.**» (Sal. 57, 2).

Es de notar que en el evangelista S. Lucas todo viene del poder del Espíritu Santo.

“*Por lo cual, lo que nacerá santo (santamente) será llamado Hijo de Dios (διὸ καὶ τὸ γεννώμενον ἅγιον κληθήσεται Υἱὸς Θεοῦ)*”.

“*ἅγιον (santo)*”: puede tener 4 acepciones:

1. “*ἅγιον*” como **sujeto de “nacerá”** = Por lo cual, **el Santo que nacerá** será llamado Hijo de Dios.
2. “*ἅγιον*” como **atributo de “será”** = Y por esto **será santo** y será llamado Hijo de Dios.
3. “*ἅγιον*” como **atributo de “llamado”** = Por lo cual, lo que nacerá será **llamado Santo**, Hijo de Dios
4. “*ἅγιον*” como **atributo de “nacerá”** = Por lo cual, lo que **nacerá santo** (santamente) será llamado Hijo de Dios. **Este parece ser el sentido.** Por lo tanto, el nacimiento “**santo**” es un nacimiento virginal (v. 35b).

Jesús, por consiguiente, *nacerá santamente*. Es la *virginidad perpetua de María*. Tanto la Concepción virginal del Verbo de Dios, como su Nacimiento virginal, son obra del Espíritu Santo: forman un todo unitario. Por eso el Ángel le había dicho a la Virgen María: “*El Señor está contigo*”.

Cristo Jesús nacerá como hombre de madre sin padre, así como es engendrado como Dios de un Padre sin madre. Se han dado en la historia cuatro patrones de génesis:

1. **Adán:** Sin padre ni madre.
2. **Eva:** Con padre, pero sin madre.
3. **Nosotros:** Con padre y madre.
4. **Jesús:** Con madre, pero sin padre.

“*Por lo cual (διὸ καὶ)*”: En latín: *ideoque*”: ¿A qué hace referencia esta relación causal? ¿Por qué Jesús será llamado Hijo de Dios? – *Porque no tendrá un padre terreno.* Será concebido en el seno de su Madre de manera virginal, y será dado a luz santamente y virginalmente. Por consiguiente, *el origen de Jesús es divino.* El Hijo de María SS. es el mismo Hijo del Altísimo.

Según S. Lucas, 1, 35 el nacimiento virginal será más tarde un “*signo*” para los hombres: el signo de la filiación divina de Jesús: “*Será llamado Hijo de Dios*”.

En su deseo de virginidad, María SS. se sentía orientada hacia un estado de vida que socialmente era considerado pura y simple esterilidad: la situación de la mujer casada y sin hijos. De ello encuentras un eco en el Magnificat, donde la Virgen María habla de la “situación de humillación” (tapeinôsis) de la esclava de Dios:

«*Ha puesto los ojos en la **humillación** de su esclava.*» (Lc. 1, 48).

La Virgen María repite literalmente las palabras de Ana, la madre estéril de Samuel, que había dirigido a Dios esta plegaria:

«*Si te dignas reparar en la **humillación** de tu esclava.*» (1 Sam. 1, 11).

También **Isabel**, la prima de la SS. Virgen María, era estéril, pero Dios la había bendecido:

«*Plugo al Señor quitar mi **oprobio** entre los hombres.*» (Lc. 1, 25).

Así también Sara (cf. Gén. 18, 9-15), Rebeca (cf. Gén. 25, 21-22), Raquel (cf. Gén. 29, 31; 30, 22-24), la madre de Sansón (cf. Juec. 13, 2-7); Ana, madre de Samuel (cf. 1 Sam. 1, 11, 19-20), son figuras de la Virgen María. Tienen un sentido para la historia de la salvación.

“*Se llamará hijo de Dios*”, como lo fue llamado Adán, porque será directamente creado por Dios:

«*Hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.*» (Lc. 3, 38).

La intención de S. Lucas es la de presentar también la vertiente humana del Mesías, que sustituye al fallido hombre del paraíso: Jesús no sólo es Hijo de Dios por su unión hipostática eterna con el Padre, sino que también lo es por la unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana. Lo engendrado en las entrañas de la SS. Virgen María es Dios, y por lo tanto María es Madre de Dios.

“*Ahí tienes a tu pariente Isabel que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo*”: Es la señal confirmativa del anuncio del Ángel. Se trata de un auténtico milagro, pues concebir una anciana estéril no es posible sin una intervención especial de Dios.

“*Y ya está de seis meses la que llamaban estéril*”: Entronca S. Lucas con el inicio de la Anunciación: “*A los seis meses, el Ángel Gabriel fue enviado*”, y prepara así la sentencia final del Ángel:

“*Porque para Dios nada hay imposible*”: ¿Hay algo tan complejo como hacer que el Verbo divino asuma la naturaleza humana en las entrañas de una joven virgen sin intervención alguna de varón? –Pues Dios lo hizo. Pues bien, colige de aquí lo posible que le es a Dios anidar en tu corazón y llenarlo de divinidad. Tu mal no es mayor que el bien de Dios; por tanto, ábrete al amor de Dios por encima de todo obstáculo interno y externo: “*porque para Dios nada hay imposible*”.

“*María contestó*”: Es la segunda vez que habla la SS. Virgen María en el Evangelio.

“*Aquí está la esclava del Señor*”: Contrasta la humildad de la Madre de Dios, al definirse a sí misma, con la definición que hacen de Ella los demás hombres:

- Sus padres la llaman “*María*” (amada de Dios, estrella del mar, exaltada, princesa, señora).
- S. Lucas la llama “*Virgen*”.
- El Ángel la llama “*Llena de gracia*”.

- Su prima Isabel la llama “**Bendita entre las mujeres**”.
- La Virgen se llama a sí misma “**Esclava**”.

El término “*esclava*” tiene una connotación de cosa, no tanto de persona; es una especie de despersonalización. El esclavo no tenía ni derecho a la vida. No era raro que, al morir el señor, los esclavos vivos fueran enterrados con el señor difunto. Pero María, que se define como “*esclava del Señor*”, no de los hombres, al igual que su Hijo se esclavizó para salvar a la humanidad, así se esclavizó ella:

«*Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando **condición de esclavo** haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.*» (Filp. 2, 5-8).

Por esta expresión de “*esclava*” se puede apreciar que la Virgen María tenía clara conciencia de su pequeñez en relación a Dios, al que se somete con gozosa filiación materna y sponsalicia.

“**Hágase (γένοιτό) en mí**”: Para expresar el “*fiat*” de María SS. en la Anunciación, S. Lucas emplea, sin sujeto, el optativo “*guenoito*” (*γένοιτό, hágase*), que, en forma positiva, sólo se encuentra en este lugar del Nuevo Testamento. El optativo “*hágase*” denota una actitud de deseo. En griego, la forma optativa expresa “**un gozoso deseo de...**”, y nunca un sentimiento de resignación o de obligada sumisión ante algo grave y penoso. La Virgen María acepta la *imposición* de Dios: “*concebirás*”, “*darás a luz*”, “*pondrás por nombre*”, con total sumisión y gozosa alegría de poder asumir la voluntad divina.

La resonancia del fiat de María en la Anunciación no es la misma que la del “*fiat voluntas tua*” de Jesús en Getsemaní, ni tampoco de la fórmula correspondiente del Padrenuestro:

“*Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*” (Mt. 6, 10).

El “*fiat*” de la Virgen María es un gozoso deseo de colaborar con lo que Dios quiere de Ella.

Conocida la voluntad divina, la Virgen María asume la tarea de hacer a los hombres como dioses. Pero a diferencia de Eva, que rompe con Dios: “*seréis como dioses*” (Gén. 3, 5), la Virgen María asume su rol salvífico sumergido todo él en la voluntad divina: “*Hágase en mí*” (Lc. 1, 38).

Si el “*fiat*” de la Virgen SS. hizo que Dios fuera hombre, hizo también que el hombre fuera Dios. El “*seréis como dioses*” (Gén. 3, 5) tiene aquí su verdadera y positiva vertiente mariana. Con este ofrecimiento activo, la Virgen María deshace la cadena maldita que tenía al hombre aprisionado bajo los cerrojos diabólicos: la rebelión de Eva te sataniza, la obediencia de la Virgen María te diviniza.

Se trata de un acto creador. Pero, así como en la primera creación el “*fiat*” era pronunciado por el mismo Dios, en la segunda creación el “*fiat*” es pronunciado por una criatura, María Virgen: “*Hágase en mí, según tu palabra*”. Como la criatura no tiene poder creador independiente de Dios, María dice: “*según tu Palabra*”. Y comenzó a tener existencia humana el nuevo Adán: Cristo Jesús.

Después del “*hágase*” creador de la luz, dijo el hagiógrafo sagrado: “*Y la luz se hizo*” (Gén. 1, 3). Después del “*hágase*” de María, dijo San Juan: “*Y el Verbo se hizo carne*” (Jn. 1, 14).

Así lo predicaba Santo Tomás de Villanueva:

«*“Hágase en mí según tu palabra”, dijo, y al punto, con esta palabra, el Verbo se encarnó en su seno. ¡Oh “fiat” poderoso, oh “fiat” eficaz, oh “fiat” sobre todo otro “fiat”, digno de perpetuo honor! Con la palabra “fiat” (Gén. 1, 3s) fue creado el mundo, con esta palabra hizo el Altísimo las criaturas celestiales y terrenales; pero en el mundo no ha resonado, ¡oh bienaventurada Virgen!, otro “fiat” como el que tú pronunciaste. En efecto, ¿qué sucedió? ¿Quién puede decir lo que sucedió? La naturaleza se queda asombrada, el juicio suspenso, el sentido se embota, enmudece la lengua, la razón desfallece, el entendimiento no puede comprender lo que sucedió en María al pronunciar aquella palabra: “hágase en mí según tu palabra”; pues al instante, al sonido de esta palabra, “el Verbo se hizo carne” (Jn. 1, 14); de repente, por obra del Espíritu Santo, se formó de la purísima sangre de María el cuerpo santo del Señor; se vio organizado, animado y unido al Verbo de Dios en el mismo instante. Al instante, también el Infante fue lleno de toda gracia y virtud,*

adornado de todos los carismas, hecho partícipe de la clara visión de Dios, finalmente, enriquecido (véase Santo Tomás, 3, q. 31-32s.) de la misma sabiduría, gracia y gloria de que ahora goza en el cielo. Pues, como dice San Ambrosio, no sabe de lentos esfuerzos la gracia del Espíritu Santo, ni el arte de este mismo Espíritu necesita en sus obras lapso alguno de tiempo.» (STO. TOMÁS DE VILLANUEVA, Obras de Santo Tomás de Villanueva. Sermones de la Virgen y Obras Castellanas, [Madrid, BAC, 1952] Págs. 254s.).

“Según tu palabra”: Para finalizar el relato de la anunciación, habría que destacar el gran respeto que muestra la SS. Virgen María al parainfo enviado por el Altísimo, diciéndole que es su deseo que todo suceda “según tu palabra”.

LA VIRGEN MARÍA COMO BOCA DE DIOS

La imagen mental que te haces de cualquier objeto de conocimiento lógico u ontológico se llama verbum mentis. El verbo generado en la mente del hombre es intrínseco a la persona humana y quedaría para siempre silenciado e ignorado para el resto de la creación si no se le expresara al exterior, si no se hiciera también extrínseco a la persona. Es la palabra la que pone el verbo en comunicación con la creación entera. Este cometido está asignado a la boca, que es la que pronuncia la palabra. Así, la imagen vital que tienes de las cosas, al generarse en tu mente comienza a ser verbo, y, al manifestarse tu verbo al exterior, comienza a ser palabra.

La imagen vital de las cosas, es decir, el verbum mentis, sólo te aprovecha a ti, no a los demás; pero la palabra aprovecha a los demás, no a ti, que ya estás satisfecho con tu verbo.

En la Santísima Trinidad, la imagen mental que tiene el Padre de sí mismo es la imagen infinita de su ser infinito, y se llama Verbo Eterno del Padre. Ahora bien, este Verbo, en cuanto que es intrínseco a la Santísima Trinidad, sólo sería conocido por la Santísima Trinidad, e ignorado por el resto de la creación. Para conocer ontológicamente el Verbo de Dios, el Verbo de Dios ha de hacerse Palabra substancial, pero Dios no tiene boca para pronunciar su Palabra eterna y comunicarla substancialmente a su creación.

¿Quedará sin pronunciarse substancialmente la Palabra de la Vida por falta de boca que la pronuncie? ¿Se verá el hombre privado del conocimiento más hermoso que pueda llegar a su mente? ¿No habrá boca divina que transforme el Verbo del Padre en Palabra divina en orden a que venga a ser verbo para el hombre? –Sí, existe la Boca de Dios. Se llama María SS. Ella, mediante la Encarnación, concibió el Verbo Eterno del

Padre y, mediante la Natividad, pronunció la Palabra Eterna del Padre. Y así, la Maternidad divina de María SS., por razón del fruto generado en sus entrañas, viene a constituirse en la obra más grande que se ha realizado en la creación de Dios: La Virgen María saca al Verbo de Dios de su Trinidad, sin salir de ella, y lo pone en el tiempo como Palabra del Padre a merced de su creación.

El Verbo Eterno del Padre sólo aprovechaba a Dios, no a los hombres, pero al convertirse en Palabra de Dios aprovecha a los hombres, no a Dios.



